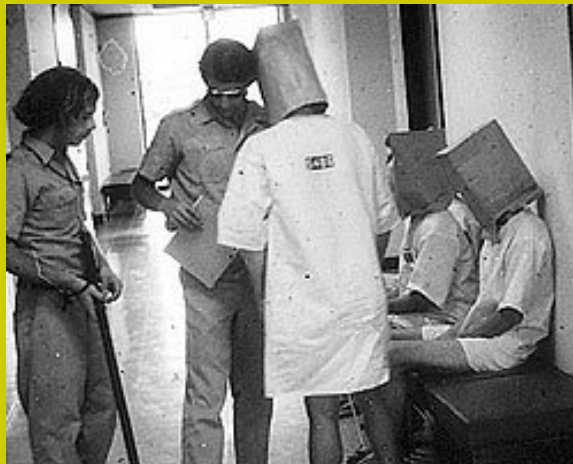


El experimento carcelario de Stanford



Phillip Zimbardo

1971

Traducción: seryactuar.org

El experimento carcelario de Stanford¹ - 1971 -

Más de setenta solicitantes respondieron al anuncio de un periódico local que pedía voluntarios para un estudio de los efectos psicológicos de la vida en la cárcel. Se quería ver cuáles eran los efectos psicológicos de convertirse en un *preso* o en un *carcelero*. Se les hicieron entrevistas de diagnóstico y pruebas de personalidad para eliminar candidatos con problemas psicológicos, discapacidades médicas o un historial delictivo o de abuso de drogas. De los 70 candidatos, el equipo de investigadores se quedó con 24, imponiendo el equilibrio mental y una buena salud psicológica como principales factores de selección. De los 24, todos eran estudiantes universitarios Estados Unidos y Canadá que se encontraban en el área de Stanford, y la mayoría respondían al habitual perfil de varón blanco de clase media.

Una vez fueron seleccionados los 24, se les mandó regresar a sus casas hasta que recibieran una *visita* que les indicaría que el experimento daba comienzo.



La 'visita'

Un tranquilo domingo de agosto por la mañana, en Palo Alto, California, un coche de la policía realizó una incursión por la ciudad, y detuvo a estudiantes universitarios como parte de una redada por la violación de los artículos del código penal 211, atraco a mano armada, y 459, robo. Se detuvo a los sospechosos en su domicilio, se les leyeron los cargos de los que se les acusaba, se les advirtió de sus derechos legales, se les puso contra el coche de policía, con las piernas abiertas, y se les registró y esposó, a menudo ante la mirada curiosa y sorprendida de los vecinos.



Metieron a los sospechosos en la parte posterior del vehículo policial y los llevaron a comisaría, con las sirenas a todo volumen. Una vez en comisaría, se hizo entrar a los sospechosos, fueron fichados formalmente, y de nuevo se les comunicaron sus derechos; después se les tomaron las huellas dactilares y se les hizo una identificación completa. Se encerró a los sospechosos en una celda provisional, donde se les dejó con los ojos vendados para que meditasen sobre su suerte, y se preguntaran qué habían hecho para meterse en semejante lío.

Después, con los ojos vendados y en un estado de choque leve, provocado por la detención sorpresa por parte de la policía local, se introdujo a los presos en un coche y fueron llevados uno por uno a la cárcel, la "prisión del condado de Stanford", para continuar el proceso. Allí fueron recibidos por el alcaide (papel asumido por David Jaffe, un estudiante de la Universidad de Stanford y ayudante de Zimbardo), quien les comunicó la gravedad de su falta, y su nueva condición de reclusos. Zimbardo se otorgó el papel de superintendente.

Después pasaron a la "cárcel" de los sótanos del Departamento de Psicología de Stanford, y allí fueron explorados desnudos, desparasitados, y provistos de su nueva identidad en forma de números, no nombres. El objetivo era que estos acabarían sintiéndose **desorientados** y **deshumanizados** durante los 14 días que iba a durar aquello.

¹ <https://www.prisonexp.org/spanish>

La cárcel

Los sótanos del Departamento de Psicología de la Universidad de Stanford se habían remodelado para que parecieran una auténtica prisión. Para crear las celdas de la cárcel, se quitaron las puertas de algunos laboratorios y se sustituyeron por otras hechas especialmente con barras de acero; luego las numeraron. Un sistema intercomunicador servía para hacer las comunicaciones generales, y para controlar en secreto las conversaciones de los reclusos.

En el lado opuesto a las celdas, había un pequeño cuarto ropero, oscuro y de unos 60 cm. de ancho y de profundidad, pero suficientemente alta como para que un "recluso" pudiese estar de pie que se convirtió en "el agujero" o celda de aislamiento.

En un extremo del pasillo había una pequeña apertura a través de la cual se grababa el sonido y la imagen de lo que pasara en la cárcel. No había ventanas o relojes que permitiesen juzgar el paso del tiempo, circunstancia que más tarde provocaría algunas experiencias de distorsión del tiempo.



Los guardias

- Los guardias recibirían uniformes, de estilo militar, incluyendo porras.
- Sólo los guardias podrían trabajar por turnos, y regresar a sus casas durante su tiempo libre. Los prisioneros estarían allí las 24 horas.
- Los guardias llevarían gafas de sol de espejo para evitar el contacto visual con los prisioneros, y para evitar que alguien viese sus ojos o descubriese sus emociones, [acrecentando así su anonimato](#).

Antes de comenzar el experimento las normas que se les impuso a los guardias fueron escasas y algo difusas, lo único que se les prohibió fue ejercer violencia física. Se les pidió que dirigieran la cárcel de la forma que ellos creyesen oportuna, con todo lo que ello supone.

Los prisioneros

- Los prisioneros llevarían una especie de túnica o saco de muselina (una tela casi transparente, muy fina, utilizada a menudo para la confección de cortinas y visillos). Sin ropa interior. Delante y detrás del saco constaba su número de identificación personal.
- Su calzado serían chanclas con suela de goma, ya que así nunca estarían del todo cómodos y aumentaría su desorientación.
- Todos debían cubrirse la cabeza con una media de nailon femenina para que pareciera que estaban rapados. El proceso de afeitarse la cabeza, que se da en la mayoría de las cárceles e instituciones militares, está pensado en parte para minimizar la personalidad del individuo, ya que algunas personas expresan su individualidad mediante el peinado o la longitud del cabello.
- Dentro del experimento, no tenían nombres, sólo eran números de identificación, utilizados para que los reclusos se sintiesen anónimos. Sólo se les podía llamar por su número de identificación y sólo podían referirse a sí mismos y a los demás reclusos por el número.
- Para aumentar la sensación de opresión, los prisioneros llevarían a todas horas una cadena atada al tobillo derecho. Cuando un recluso se movía, la cadena golpeaba el otro pie y lo despertaba, recordándole que aún estaba en la cárcel y que, incluso en sus sueños, era incapaz de escapar.

Inculcar y hacer cumplir la 'ley'

Los guardas no recibieron ninguna formación específica sobre cómo ser guardas. Todos llevaban uniformes caqui idénticos, un silbato colgado del cuello, y una porra prestada por la policía. Eran libres, dentro de unos límites, para hacer lo que considerasen necesario para mantener la ley y el orden en el interior de la cárcel, y obligar a los reclusos a que mostrasen respeto. Los guardas crearon su propio código de normas, que después hicieron cumplir bajo la supervisión del alcaide. No obstante, se les advirtió de la seriedad potencial de su misión, y de los peligros que corrían en la situación en que estaban a punto de entrar, como pasa con los auténticos guardas que voluntariamente deciden realizar un trabajo tan peligroso.



Se empezó con nueve guardas y nueve reclusos. Tres guardas trabajaban en cada uno de los tres turnos de ocho horas, mientras que tres reclusos ocupaban permanentemente cada una de las tres celdas. Las celdas eran tan pequeñas que sólo había espacio para tres catres, donde dormían o se sentaban los reclusos, y para poca cosa más. Los guardas y los reclusos restantes de la muestra de veinticuatro estaban disponibles en caso de que fuese necesario.

Como si fuesen presos reales, los reclusos esperaban alguna vejación, la violación de su intimidad y de algunos de sus derechos civiles mientras estuviesen en la cárcel, así como una dieta mínimamente adecuada, todo ello constaba en el contrato que firmaron con conocimiento de causa al ofrecerse voluntarios.

Imposición de autoridad

A las 2.30 de la madrugada, se despertaba bruscamente a los reclusos con toques de silbato para el primero de los numerosos "recuentos". Los recuentos servían para familiarizar a los reclusos con sus números (los recuentos se repetían varias veces en cada turno, y a menudo por la noche). Pero lo más importante es que estas actividades proporcionaban a los guardas una forma regular de *ejercer el control* sobre los reclusos. Al principio, los reclusos no estaban totalmente metidos en su papel y no se tomaban los recuentos con mucha seriedad. Todavía intentaban afirmar su independencia. También los guardas tanteaban sus nuevos papeles, y aún no estaban seguros de cómo ejercer su autoridad sobre los reclusos. Esto fue el inicio de una serie de enfrentamientos directos entre guardas y reclusos.

Las flexiones fueron una forma habitual de correctivo *físico* impuesto por los guardas para castigar las infracciones de las normas, o las muestras de actitudes inadecuadas hacia los guardas o la institución. Hay que señalar que uno de los guardas incluso se subía de pie sobre la espalda de los reclusos mientras hacían las flexiones, u obligaba a otros reclusos a sentarse o subirse de pie sobre la espalda de sus compañeros.

Afirmación de la independencia

El primer día transcurrió sin incidentes, sin embargo, la rebelión que estalló durante la mañana del segundo día pilló a los guardas totalmente desprevenidos. Los reclusos se quitaron los gorros de media, se arrancaron los números e hicieron barricadas dentro de las celdas, colocando las camas contra la puerta. Los guardas estaban muy enfadados y frustrados porque los reclusos, además, empezaron a burlarse de ellos y a maldecirlos. Cuando llegaron los guardas del turno de mañana, se enfadaron con los del turno de noche porque pensaban que éstos habían sido demasiado indulgentes.

Los guardas tuvieron que manejar la rebelión por sí mismos. Al principio insistieron en que necesitaban refuerzos. Llegaron los tres guardas que esperaban en casa, preparados, y el turno nocturno de guardas permaneció de servicio voluntariamente para reforzar el turno de la mañana. Los guardas se reunieron y decidieron responder a la violencia con la violencia.

Tomaron un extintor² que disparaba un chorro de dióxido de carbono que helaba hasta los huesos, y obligaron a los reclusos a alejarse de las puertas. Los guardas forzaron la entrada de las celdas, desnudaron a los reclusos, les quitaron las camas, aislaron a los cabecillas de la rebelión y, en general, empezaron a humillar e intimidar a los reclusos.

La rebelión había sido temporalmente sofocada, pero entonces los guardas se enfrentaron a un nuevo problema. Lo más probable era que nueve guardas con porras pudiesen aplacar una rebelión de nueve reclusos, pero no podía haber nueve guardas de servicio *a todas horas*. Era obvio que el presupuesto de la cárcel no podía mantener una *proporción* de personal por reclusos como ésa. Por lo tanto, ¿qué harían? Uno de los guardas encontró una solución: *Usemos las tácticas psicológicas en lugar de las físicas*. Las tácticas psicológicas consistían en establecer una celda de privilegio.

‘Privilegios especiales’

Una de las tres celdas se convirtió en "*celda de privilegio*". Los tres reclusos menos involucrados en la rebelión recibieron privilegios especiales. Les devolvieron los uniformes y las camas, y se les permitió lavarse y cepillarse los dientes. A los otros no. A los reclusos privilegiados se les sirvió, además, una comida especial ante la presencia de los otros reclusos que habían perdido, temporalmente, el privilegio de comer. [El resultado fue que se rompió la solidaridad entre los reclusos.](#)³

Después de medio día bajo este nuevo tratamiento, los guardas tomaron a algunos de los reclusos "*buenos*" y los pusieron en las celdas "*malas*", y a algunos de los reclusos "*malos*" los pusieron en la celda "*buenas*", desconcertando completamente a los demás los reclusos.

Algunos de los que habían sido cabecillas pensaron que los reclusos de la celda privilegiada debían de ser ‘confidentes’ y, de repente, empezaron a desconfiar los unos de los otros. Con este "*divide y vencerás*" los guardas fomentaron la desconfianza y agresión entre los internos, desviándola así de ellos mismos.

La rebelión de los reclusos también tuvo un papel importante en el aumento de solidaridad entre los guardas. De repente, ya no era sólo un experimento, ni una simple simulación. Al contrario, los guardas vieron a los reclusos como alborotadores que iban ‘a por ellos’, y que les podían hacer daño. En respuesta a este peligro, los guardas empezaron a aumentar su control, vigilancia y agresión.

Todos los aspectos del comportamiento de los reclusos quedaron bajo el control total y arbitrario de los guardas. Incluso ir a los servicios se convirtió en un *privilegio* que un guarda podía otorgar o negar a su antojo. Después del cierre y apagado de luces diario, a las diez de la noche, a menudo se obligaba a los reclusos a orinar o defecar en un cubo que habían dejado en su celda. A veces los guardas no permitían a los reclusos vaciar los cubos, y pronto la cárcel empezó a apestar a orines y excrementos, aumentando así el ambiente degradante del entorno.

Los guardas fueron especialmente duros con el cabecilla de la rebelión, el recluso n° 5401, un fumador empedernido, al que controlaron regulando cuando podía o no fumar.

El primer recluso liberado

Cuando aún no hacía treinta y seis horas que duraba el experimento, el recluso n° 8612 empezó a sufrir un trastorno emocional agudo, razonamiento ilógico, llanto incontrolable y ataques de ira. Pese a todo, como ya se había llegado a pensar *casi* como las autoridades penitenciarias, se creyó que era un engaño para que se le liberase.

El principal consultor presidiario entrevistó al recluso n°8612, reprendiéndole por ser tan débil, y explicándole qué tipo de abusos se podía esperar de guardas y reclusos si estuviese en la cárcel de San Quintín. Luego le ofreció convertirse en confidente a cambio de no sufrir más humillaciones de los guardas.

2 Los extintores estaban allí para cumplir con los requisitos del Consejo de Investigación de Humanidades de Stanford, que se había preocupado por el potencial peligro de incendio.

3 Los consultores ex presidiarios informaron después de que los auténticos guardas utilizaban una táctica similar en cárceles reales para romper alianzas entre reclusos. Por ejemplo, se usa el racismo para enfrentar entre sí a negros, chicanos y blancos. De hecho, en una cárcel real, la mayor amenaza para la vida de cualquier recluso proviene de los otros reclusos.

Durante el siguiente recuento, el recluso n°8612 les dijo a los demás reclusos: "No podemos irnos. No podemos dejarlo". Este mensaje fue realmente estremecedor, y les hizo aumentar la sensación de que estaban encarcelados 'de verdad'. El recluso n°8612 empezó entonces a actuar como un "loco", a gritar, maldecir, y a enfurecerse de tal manera que parecía que estuviese fuera de control. Aún necesitamos un poco más de tiempo antes de convencernos de que realmente sufría, y de que había que liberarlo.

Padres y amigos

Al día siguiente, se dispuso una hora de visita para padres y amigos. Para evitar que los padres intentasen llevarse a sus hijos a casa al ver el estado de la cárcel, manipulamos la situación y a los visitantes para que el ambiente de la cárcel pareciese agradable y saludable. Se lavó, afeitó y arregló a los reclusos, se les hizo limpiar y pulir las celdas, y se les dio comida en abundancia, poniendo incluso música por el intercomunicador. También se utilizó a una antigua animadora deportiva de Stanford, la atractiva Susie Phillips, para dar la bienvenida a los visitantes en recepción.

Los visitantes tuvieron que registrarse y esperar media hora. Sólo dos visitantes podían ver a cada recluso, y la visita estaba limitada a diez minutos, bajo la vigilancia de un guarda. Antes de que los padres pudiesen entrar en el área de visita, tuvieron que discutir el caso de su hijo con el alcaide. Naturalmente, los padres se quejaron de estas normas arbitrarias, pero las cumplieron, participando también con su papel de 'buenos adultos de clase media' en nuestro drama carcelario.

Algunos padres se disgustaron al ver lo cansados y angustiados que estaban sus hijos. Sin embargo, su reacción fue la de actuar dentro del sistema, apelando de forma privada al superintendente para que mejorasen las condiciones de sus hijos. Cuando una madre me dijo que nunca había visto a su hijo tan mal, respondí pasando la culpa de la situación a su hijo:

– ¿Qué le pasa a tu hijo? ¿No duerme bien? Luego le pregunté al padre: ¿No cree que su hijo pueda aguantar?

Se ofendió:

– Claro que puede; es un muchacho muy fuerte, un líder.

Se volvió hacia su mujer y le dijo:

– Vámonos cariño, ya hemos perdido bastante tiempo. Y me dijo: Nos volveremos a ver en la próxima visita.

Un plan para una huida en masa

El siguiente suceso importante fue el rumor de un plan de huida en masa. Uno de los guardas oyó hablar a los reclusos acerca de una huida que se produciría inmediatamente después del horario de visitas. El rumor era el siguiente: el recluso n° 8612, al que se había liberado la noche anterior, iba a reunir a un grupo de amigos y forzarían la entrada para liberar a los presos.

Ante ello se mantuvo una reunión estratégica con el alcaide, el superintendente y uno de los tenientes principales, Craig Haney, para planear cómo desbaratar la huida. Se decidió introducir un confidente (un cómplice experimentado) en la celda que había ocupado el recluso n°8612. La labor del confidente sería pasarnos información sobre los planes de huida.

Después se formuló un segundo plan. Se trataba de dismantelar la cárcel cuando se marchasen las visitas, llevar más guardas, encadenar a los reclusos juntos, ponerles bolsas en la cabeza, y trasladarlos a un almacén en el quinto piso hasta después del momento en que se forzase la entrada.

Cuando llegasen los conspiradores, Zimbardo estaría sentado allí solo y les diría que el experimento había concluido, y que no quedaba nadie por liberar ya que se había mandado a todos a casa. Cuando se fuesen, se haría volver a los reclusos, y se doblaría la seguridad de la cárcel.

Sin embargo, el rumor de que forzarían la entrada de la cárcel nunca se materializó. Luego de todos los planes para frustrar la huida, de trasladar a los reclusos, de dismantelar gran parte de la cárcel, aquel día ni

siquiera se recogió ningún dato. Tanto esfuerzo para nada produjo una considerable frustración, y alguien debía pagar por ello.

Los guardas intensificaron de nuevo considerablemente el nivel de vejaciones, aumentando las humillaciones que hacían sufrir a los reclusos, obligándoles a realizar trabajos repetitivos y denigrantes como limpiar las tazas de los váteres con las manos desnudas. También les obligaron a hacer flexiones, saltos extendiendo brazos y piernas, cualquier cosa que se les ocurriese, y aumentaron el número y la duración de los recuentos.

Conclusión

Después que la antigua estudiante graduada y futura esposa de Zimbardo, **Christina Maslach**, le confrontase diciéndole que al asumir el papel de superintendente de la cárcel había llegado a ser indiferente al sufrimiento de sus participantes, que había estado permitiendo *pasivamente* que ocurrieran actuaciones *no éticas* bajo su supervisión, Zimbardo decidió concluir el experimento.



Zimbardo concluyó que tanto prisioneros como guardias habían resultado *en gran medida absorbidos por sus papeles*, y se dio cuenta de que él mismo había sido profundamente absorbido por el suyo. El 20 de agosto de 1971, Zimbardo anunciaba a los participantes que se daba por finalizado el experimento.

Los resultados del experimento dan ventaja al *comportamiento atribuido a la situación* en vez de a la *disposición* (resultado producido por características interiores). Es decir, *lo que parecía haber producido el comportamiento de los participantes pareció ser la situación en vez de sus personalidades individuales*. *Aun sabiendo que estaban siendo observados, tanto guardianes como prisiones actuaron de manera diferente a lo que en ellos sería normal*. Los guardianes sintieron la necesidad de mostrar su dominio, incluso aunque no fuera necesario.

Los prisioneros fueron humillados por los guardas de muchas maneras. Se les llamaba por un número en lugar de por su nombre real, deshumanizándolos, lo que resultó en una pérdida de su identidad personal. Al no tener control sobre ello, los prisioneros aprendieron que no podían afectar lo que les sucedía, dando como resultado final que dejaron de reaccionar, y se rindieron. Rápidamente se dieron cuenta de que los guardias estaban 'más arriba' en la jerarquía, y los prisioneros empezaron a aceptar sus papeles como seres humanos 'menos importantes'.

Según esta interpretación, los resultados son compatibles con los resultados del [Experimento Milgram](#), en el que personas *normales* y *corrientes* obedecieron la orden de administrar lo que supuestamente eran electrochoques peligrosos y dolorosos a un cómplice del experimentador.

El experimento se ha utilizado también para ilustrar la *teoría de la disonancia cognitiva*, y el *poder de la autoridad*.

Críticas

Tanto guardianes como prisioneros se adaptaron a sus papeles mucho más de lo que Zimbardo esperaba, superando los límites previstos, lo que condujo a situaciones psicológicamente dañinas y peligrosas. Se consideró que un tercio de los guardias habían presentado "*verdaderas tendencias sádicas*", y *muchos prisioneros quedaron emocionalmente traumatizados; cinco de ellos tuvieron que ser sacados del experimento antes del final*.

Investigadores de la Universidad Western Kentucky argumentaron que la selección sesgada podía haber jugado un papel en los resultados. Esos investigadores reclutaron estudiantes para replicar el estudio, pero utilizando un anuncio parecido al que se utilizó en el *Experimento Carcelario de Stanford*, con algunos añadidos, como "*un estudio psicológico*" (para el grupo de control) y las palabras "vida carcelaria", tal como las planteó el Dr. Zimbardo en su experimento. Encontraron que en los estudiantes que contestaron a los anuncios clasificados para el "*estudio de vida carcelaria*" predominaban rasgos relacionados con *el dominio*

social, la agresión, el autoritarismo, etc., y tenían en menor medida los rasgos relacionados con *la empatía y el altruismo*, si se los comparaba estadísticamente con los participantes del grupo de control.

El estudio ha sido criticado por el psicólogo Peter Gray. Argumenta que los participantes en experimentos psicológicos es más probable que hagan lo que *creen que los experimentadores quieren* que ellos hagan. A los guardias se les dijo esencialmente que fueran crueles. Sin embargo, fue precisamente esa voluntad de *cumplir* con las cuestionables prácticas del experimento lo que demostró lo poco que se necesitaba que los estudiantes se comprometieran en esas prácticas.

Los críticos también han sostenido que no solo la muestra era demasiado pequeña para extrapolarla, sino que el hecho de que los sujetos del experimento fueran todos estudiantes *masculinos estadounidenses* rebajaba seriamente la validez del experimento, y que era totalmente posible que replicando el experimento utilizando un grupo más diverso de personas (procedentes de diferentes extracciones socio-económicas, y con diferentes objetivos y opiniones de la vida), se hubiesen obtenido resultados radicalmente diferentes.

Aspecto ético

Las preocupaciones éticas que rodearon el experimento a menudo han planteado comparaciones con un experimento similar, llevado a cabo diez años antes, a principios de 1961, en la Universidad de Yale, por Stanley Milgram.

El experimento presentaba diversos aspectos éticos, el más grave de todos era *que el experimento continuase, incluso cuando los participantes no desearan proseguir*.

A pesar de que a los participantes se les había dicho que *'tenían derecho a abandonar en cualquier momento'*, Zimbardo no lo permitió mientras duró el experimento. Zimbardo se enfrentaba al dilema ético de que si continuaba el experimento posiblemente podía obtener resultados extraordinarios, pero también de que si no lo detenía podía afectar negativamente al bienestar de los participantes.

Actualmente hay directrices éticas a seguir. El experimento carcelario de Stanford hizo que se establecieran normas para impedir cualquier trato perjudicial a los participantes. Antes de que se lleven a cabo, los estudios humanos deben ahora pasar una extensa revisión con un comité institución de estudio (EE.UU.), o un comité de ética (Reino Unido), según las directrices éticas de la Asociación Psicológica Americana. Esas pautas estudian si el beneficio potencial para la ciencia sobrepasa el posible riesgo de daños físicos y psicológicos.

Comparaciones con Abu Ghraib

Cuando en marzo de 2004 se dieron a conocer los actos de tortura y abuso de prisioneros en la cárcel iraquí de *Abu Ghraib*, el propio Zimbardo, que prestó mucha atención a los detalles de la historia, quedó impactado por la similitud con su propio experimento.

Se quedó consternado por la actitud de los oficiales militares y de los representantes gubernamentales, de trasladar la culpa de la tortura y de los abusos en la cárcel militar estadounidense de Abu Ghraib *"a unas pocas manzanas podridas"*, en vez de reconocer los posibles problemas *sistémicos* de un sistema carcelario militar establecido formalmente.

Zimbardo participó con el equipo de abogados defensores que representaban a uno de los guardias de la cárcel de Abu Ghraib, el sargento **Ivan "Chip" Frederick**. Las evaluaciones psicológicas de Frederick indicaron que era, a todas luces, un tipo perfectamente normal, de inteligencia media, de personalidad



Lynndie England apuntando a un prisionero desnudo obligado a masturbarse frente a sus captores - cárcel Abu Ghraib, Irak

media, sin "tendencias sádicas o patológicas" y sin un solo rasgo atípico: "Las escalas de validez indican que el paciente se presentaba como un individuo moralmente virtuoso". Según un modelo A-B-A, antes de Abu Ghraib, Chip Frederick era normal. En Abu Ghraib era anormal. Después de Abu Ghraib volvió a ser normal. ¿Qué nos dice esto?

"No he podido descubrir absolutamente nada en su historial que pudiera predecir que Chip Frederick iba a involucrarse en alguna forma de comportamiento abusivo y sádico", concluyó Zimbardo.

Para Zimbardo, estos resultados "sugieren fuertemente que echar la culpa a la 'manzana podrida', como han hecho los apologistas militares y la administración, no tiene ninguna base en los hechos".... "hay mucho en su historial que sugiere que si no hubiera sido forzado a trabajar y vivir en una situación tan anormal, podría haber sido el soldado del anuncio de reclutamiento de All-American".



A Zimbardo se le concedió pleno acceso a toda la investigación y a los informes del historial, y testificó como experto en la corte marcial del sargento Frederick, con el resultado en octubre de 2004, de una sentencia de ocho años de cárcel para el sargento.

Después de ser condenado, Frederick escribió una carta⁴ a Zimbardo desde la prisión en la que confesaba: "Me enorgullece decir que he servido a mi país la mayor parte de mi vida adulta. Estaba muy preparado para morir por mi país, mi familia, y mis amigos. Quería ser el que marcará la diferencia".

De su participación en el caso Frederick, Zimbardo extrajo material para escribir el libro *The Lucifer Effect: Understanding How Good People Turn Evil*, que trata de las impactantes similitudes entre su propio experimento carcelario de Stanford, y los abusos de Abu Ghraib.

4 Reproducida en el libro de Zimbardo, *The Lucifer Effect: Understanding How Good People Turn Evil* (El efecto Lucifer: comprendiendo como buenas personas se convierten en malvadas), publicado por Random House en 2007